

Capítulo I

1 de noviembre de 1755

1

Ocho de la mañana

— Protege a estos pobres marineros que hoy se echan al mar en busca del jornal con el que alimentar a sus familias —. Antonio terminaba así la oración que le hacía a la Virgen de la Estrella, plegaria que realizaban los marineros de la villa de Huelva antes de echarse al mar o al regresar de él.

La capilla se encontraba situada en la parte alta del portal conocido como arco de la estrella, aunque los vecinos de la villa solían llamarlo puerta del Mar, ya que se trataba del punto que dividía al pueblo de la zona costera.

Se trataba de una construcción de piedra levantada varios siglos atrás. Era el orgullo de los habitantes de esta población marinera; tenía unos ocho pasos de altura y unos tres de ancho y, en medio, un arco dejaba el espacio suficiente para que pudiera pasar un carro. En la parte alta, además de la capilla, había situado dos balcones, uno daba a la calle calzada, el otro a la costa.

Una vez terminada su plegaria, Antonio se acercó al balcón que daba a la orilla de la mar. Allí se quedó varios minutos contemplando el maravilloso paisaje que se dibujaba ante sus ojos. El mar se encontraba en calma y el sol comenzaba a hacer acto de presencia con cierta timidez, desplazando a una densa niebla que se daba por vencida ante la aparición del astro por el levante. Las embarcaciones ya se habían alejado del puerto y sólo quedaban algunas atracadas a escasos metros de la orilla, como la de Antonio, que ese día había decidido no salir a faenar.

— Suerte, compañeros — murmuró Antonio en voz baja. Ese día su querida Esperanza, como decidió ponerle a su antigua jábega, no partiría del viejo muelle.

Era sábado, festividad de todos los santos, día que se reservaba para la familia y, sobre todo, para recordar a los que ya no se encontraban entre ellos. En días como este primero de noviembre es cuando Antonio más recordaba y añoraba a su padre, la

persona que le enseñó todo lo que sabía. De él aprendió a ser un buen padre, un buen esposo y un excelente marinero. Por ese motivo, Antonio, aquel uno de noviembre no podía echarse al mar con sus compañeros. Sentía la obligación de honrar la memoria de esa persona que tanto le había dado. Se lo debía. Bajó del arco de la estrella e inició su andadura por la calle Calzada, no sin antes echar un último vistazo atrás. Se le hacía extraño no navegar en un día tan apacible. Miró al frente y continuó su marcha. Le esperaba un largo y escarpado camino hasta llegar a la parroquia de San Pedro. No podía demorarse más. Allí estarían su mujer y sus dos hijos aguardando su llegada.

Juan tenía la mirada clavada en el castillo que se alzaba tras la parroquia de San Pedro, en lo más alto del fastuoso cabezo. La fortaleza era propiedad de los señores de la villa, los duques de Medina y Sidonia, aunque cuando éstos hacían acto de presencia por sus tierras preferían hospedarse en el palacio que estaba situado en la plaza de San Juan. Hacía tiempo que el formidable fortín pasó a un segundo plano; olvidado y abandonado por sus dueños que preferían la comodidad y el bienestar de una construcción más moderna y acorde a sus necesidades.

Juan era un joven soñador con inquietudes que no se conformaba con ser pescador como su padre, él quería ir más allá, ambicionaba ser recordado como lo eran los personajes que solía leer. Quería llevar a cabo proezas y hazañas como lo habían hecho Cristóbal Colón o Magallanes, descubrir nuevos mundos y no conformarse con lo poco que le ofrecía su pobre existencia. Admiraba el trabajo de su padre, pero pensaba que él estaba hecho para algo más que para embarcarse en una vetusta jábega y echarse al mar en busca de sardinas. Quería aventuras en su vida y no creía que aquel oficio se las pudiera ofrecer. Era un muchacho de personalidad inquieta cuyo interior se mantenía envuelto en una continua disputa que no cesaba de cuestionarse todo lo que se escapaba a su raciocinio. Dudaba sobre casi todo lo relacionado con la iglesia y su mente era un incesante mar de dudas que cuestionaba continuamente la existencia de Dios. En su fuero interno ansiaba creer en una vida más allá de la muerte, un paraíso, como lo llamaban. Pero su mente no hacía más que poner trabas en su camino hacía la fe. Toda aquella historia le parecía demasiado sobrecargada para ser real. Había leído la Biblia, no por deseo propio, pero no terminaba de encontrar sentido a todo lo que acontecía en el interior del grueso libro escrito por un puñado de supuestos discípulos de Jesucristo.

A pesar de su dilema, Juan acudía todos los domingos en compañía de su familia a la parroquia de San Pedro. Allí encontraba algunas respuestas a sus dudas espirituales de la mano del padre Jacobo, quien después de cada misa no tenía reparo en pararse el tiempo necesario con aquel muchacho que no cesaba de avasallarlo con sus preguntas. El párroco y el hijo de Antonio solían mantener largas conversaciones, ya no sólo sobre los dilemas existenciales que acompañaban al joven, también sobre cualquier tema relacionado con la cultura en general, ya que además de párroco, el padre Jacobo era filósofo y un gran defensor de la ilustración, movimiento que se promovía en ese siglo. Jacobo del Barco pensaba que los más pobres también tenían derecho a adquirir la sabiduría y los conocimientos que dan los libros, privilegios que hasta ese entonces estaban reservados exclusivamente a las personas más pudientes. Creía en la igualdad de clases y veía en la actitud del joven la imagen viva del movimiento que desde Francia comenzaba a extenderse como la pólvora.

A Juan le encantaba pasar las horas hablando con aquel hombre, sentado en su despacho, rodeado de libros, ríos de tinta a su alrededor, algunos de los cuales estaban escritos por ese fascinante personaje. En una villa humilde como la de Huelva, que apenas contaba con mil habitantes, era muy difícil encontrar a alguien que pudiera dar respuestas coherentes a sus cuestiones.

Por desgracia no podía dedicar todo el tiempo que quería a empaparse del conocimiento que le ofrecían esas cuatro paredes. Había que trabajar, echarse al mar con su padre y ayudar a su madre a remendar las redes maltrechas de tantas veces que se habían empleado. También había que reparar a la vieja jábega, sus velas, sus remos y demás enseres. Era demasiado el trabajo a realizar y muy poco el tiempo que quedaba libre.

— Ahí llega padre — comenta Diego a su madre y a su hermano. Aunque Juan seguía inmerso en sus pensamientos y porfías internas y no se percató de las palabras de su hermano mayor.

Antonio caminaba por la calle que lo llevaría hasta la parroquia de San Pedro. Al final del camino divisaba a su familia apoyada sobre la fuente que daba nombre a la avenida. Desde la distancia podía admirar la belleza inconfundible de su amada Carmen, que a pesar de superar los cuarenta años seguía conservando la hermosura de antaño como si el paso del tiempo no fuese con ella. Sus ojos marrones y grandes hacían las delicias de

todo aquel afortunado que tenía la suerte de encontrarse con su mirada; su cabello largo y negro como la noche más oscura abarcaba gran parte de su espalda, lo que hacía que Antonio fuese uno de los hombres más envidiados de la villa.

Carmen no destacaba sólo por su aspecto físico. Era una mujer admirable en toda su plenitud. Ahora las cosas les iban bastante bien, pero no siempre fue así. Una mujer de coraje innegable. Siempre supo cuidar de sus hijos cuando su marido se encontraba en la mar, alimentarlos cuando los recursos en casa eran escasos y apoyar a Antonio cuando llegaba desmoralizado al hogar por lo mal que ese día se le había dado la pesca.

— Sin duda soy un hombre muy afortunado. Contigo a mi lado soy capaz de cualquier cosa — murmuraba Antonio entre dientes.

No sólo era por haber encontrado en Carmen un gran pilar en el que apoyarse a lo largo de su existencia. Se sentía totalmente realizado al ver a sus dos hijos al lado de su madre. Le había costado sangre y sudor criarlos, pero ahí estaban, dos hombres, muy diferentes uno del otro, cada uno con sus defectos y sus virtudes, pero únicos para el pescador que daría su vida sin dudarlo por cualquiera de ellos. A sus veinte y dieciocho años aún tenían todo el tiempo del mundo para pulir sus errores. La vida se encargaría de mostrarles el camino a seguir. Las decepciones y las alegrías formarían parte de la enseñanza.

A Diego le perdían las tascas y las mujeres. Apenas pisaba tierra después de un largo día en la mar y lo primero que hacía al coger su paga era acudir a las tabernas más cercanas en busca de un buen vaso de vino y de alguna mujer de dudoso prestigio. Diego era un joven bastante corpulento, al mismo tiempo que impulsivo, una mezcla peligrosa, su pelo era moreno y sus ojos marrones como los de su madre. Desde bien pequeño solía acudir a faenar junto a su padre. Había heredado el carácter que poseen los viejos marineros y se enorgullecía por ello. Amante del dinero y del juego, su vida se resumía en su pasión por las cartas, el gusto por el vino y su deseo por las mujeres.

Por otra parte, Juan, su hijo pequeño, era totalmente opuesto a Diego. Un poco más alto que su hermano, aunque menos corpulento, dedicaba la mayor parte del tiempo libre que disponía a leer los libros que le prestaba el párroco de la villa. Se le veía siempre ausente, ensimismado, como si el mundo que lo rodeaba no fuera con él. Juan había sacado los rasgos físicos de su padre, de nariz aguileña y pelo rubio, aunque su progenitor, debido al paso de los años, lucía ahora un cabello plateado. También les unían a ambos el color de sus ojos, verdes como la mar que tanto amaban. Sin embargo,

el carácter y la forma de ver la vida, las ganas de aprender cada día algo nuevo y la bondad que desprendía eran, sin duda alguna, herencia de su madre.

Absorto en sus pensamientos Antonio levantó la mirada del suelo y, sin apenas darse cuenta, el camino que dio comienzo en el arco de la estrella había llegado a su fin. Se encontraba rodeado de esa familia que tantas alegrías le había dado en su vida.

Abrazó a su querida Carmen y, ambos, acompañados por sus dos hijos, recorrieron el corto trayecto que separaba la fuente de la parroquia de San Pedro. La misa estaba a punto de dar comienzo.